Marcel Proust.

CARTA INEDITA DE MARCEL PROUST A MME. EMILE STRAUS

12 febrero 1900

Luis Antonio de Villena

Señora:

De antemano debo disculparme (y es ya eso renovado dolor que viene a sumarse al que me aflige) porque una nueva crisis, surgida esta misma mañana, y de la que ahora mismo, con las ventanas clausuradas como las horas de los cartujos, y el fuego bien atizado de la chimenea suavemente crepitando, empiezo apenas reponerme, en lo que suele ser sólo una primera tregua; me impedirá, mucho me temo, verla esta noche; y ni saberla con las flores que son tan poco a su lado ni la devoción continua de mi pensamiento (que Vd. conoce) sirven a consolarme, como no consuela al enfermo la noche que esperaba asistir a una gran fiesta, saber que su dolencia es pasajera y leve, y que podrá, dos días más tarde, gozar otra vez del mundo y de su salud repuesta, pero ¡ay! para siempre perdida, desvanecida en el tiempo, la ocasión que le fuera de tanto alborozo... Pero aunque no podré asistir a su cena encantadora, no quiero dejar de contarle a Vd., que además de mujer muy inteligente y culta es mi amiga, un suceso que ocurrió anoche, que es sumamente privado y triste, y sobre el que tengo que rogarle (como a los correos imperiales, pero mucho más humildemente) el mayor y más cerrado secreto. Sobre todo con la Condesa Greffulhe y con M. de Norpois que –aunque tan bondadosos– tal vez no entendiesen, que yo me haya permitido tender la mano a un proscrito, a quien nadie (acaso con razón) admitiría en París hoy en su casa.

Tal vez recuerde que hace años (y aunque no estaba usted en la velada aquella tengo idea de que se la detallé por lo menudo alguna tarde) el señor de Montesquiou, haciendo omisión de un pequeño enfado que tuvo conmigo aquellos días, debido a la cuestión de la teatralización mía de sus ademanes, me invitó a la cena que daba en su casa, privadamente dijo, aunque hubo luego tanta y tan ruidosa gente, para agasajar a Oscar Wilde, a quien quizá debiera referirme ahora –y así lo haré enseguida– como Mr. Sebastián Melmoth. El señor –todavía Wilde– me pareció entonces una persona llena de la peor fatuidad, descortés con sus anfitriones, y pagado de sí mismo como un gordo y viejo pavorreal *(like an old peacock,*

como le gustaría decir a Laure Hayman, a quien cito, porque sé que es a pesar de todo, persona de su agrado). Entonces le saludé apenas un momento, y tuve que limitarme a escuchar sus escandalosos relatos de Argelia, que contaba con voz chillona, bebiendo continuamente champán, y riéndose en el justo momento en que a su entender convenía –secundado, he de decir, por el Barón de Charlus y por el propio Montesquiou, que cuenta entre sus muchas virtudes notables el saber ser obsequioso y gentilísimo con quienes le visitan–. Vd. imagina bien que gentes como éstas de tan amplio espíritu (y permítame a mí entrar, aunque en la grada última, en esa morada) no tenían porqué escandalizarse *(echarse las manos a la cabeza,* dice Françoise con todo el aroma de la Beauce) de aquellos asuntos, ni de la absoluta belleza oscura de los muchachitos mogrebíes que Mr. Wilde describía en la pompa del estilo que le conocemos, con su británico y voluntario acento en nuestra lengua, y saturando la frase de bronces y púrpuras... (¿Ha visto Vd. alguna de esas pinturas pompeyanas, de tema mitológico ocultista, donde los colores, salvados milagrosamente por la lava de los años, parecen joyas, brillos de cabujones finos?. La cháchara de Mr. Wilde daba un tanto esa idea). Pero el escándalo que mencioné era él mismo, vivía en su aire, si puedo decirlo. Estaba, por lo demás muy gordo –colorado, a menudo, como los bebedores flamencos de la escuela de Rembrandt– y tenía los dientes (me acuerdo, que no supe decirle a Vd. porqué) horriblemente negros. A mí, no me gustó aquella ostentación tan poco mundana –aunque su fama en esa esfera creo que era mucho más que excelente– y bien que imaginase yo muy gustoso sus días de sol argelino, y ese *placer* investido con el color mismo de la belleza, y el aire que –salvando diferencias– me encandilaba a mí también en las muchachas de Deauville, que parecían la música de los azahares, y que él trasladaba a los jovencitos de cinturas oscuras y bozo incipiente, su tono, su risa, sus sortijas (que eran muchas) todo eso me desagradó, y me excusé ante el señor de Montesquiou por haber sido, parco quizás, con su fastuoso y teatral invitado. (Lo de los cigarrillos *bout doré* que él se empeñaba en hacer fumar y regalar a todos, como sátrapa que publica su gobierno, eso lo habrá ya oído Vd. muchas veces). Me he permitido recordarle todo esto, para invocar mejor de su amistad benevolente el servicio y bondad que reclamaré ahora, acaso un ápice mitigado, sabiendo que yo no simpaticé con Mr. Wilde en absoluto. Luego nos enteramos de su desgracia, y nunca pudimos hablar de ella. La mujer de Lot devino estatua de sal sólo por ver el fuego de Sodoma, y quizá nosotros temimos algo similar (peor tendría que ser, sin duda) si nos aventurábamos a comentar tantas cosas igneas, ese mundo de cocheros y lacayos del que Vd. mi querida Geneviève, tal vez ni siquiera habrá oído nunca... (¿Comprende ahora por qué me enfadaba, cuando hace años, y aún siendo yo ignorante de todo eso, alguien me halló parecido, creo que por una orquídea en la solapa, con Mr. Wilde?). Nos enteramos, decía, y nos olvidamos también (porque nada hay tan voraz como el terrible olvido) de ese nombre que tan insistentemente había retumbado en nuestros oídos. Pareció un tiempo –y acaso sea ello, como el tema en una sinfonía, imagen de lo que luego será total y que en nuestro caso es la muerte– que aquel hombre jamás hubiera pisado esta tierra. Mas he aquí, que hace dos noches alguien me comentó al oído (en una cena a la que asistía también nuestro querido señor France) que Mr. Melmoth estaba (al parecer de nuevo) en París, y peor que nunca. Como yo indagase algo –tal vez, confieso por la sorpresa, con menos discreción de la debida– France, que conocía el tema, preguntó si era *ese* el asunto que nos ocupaba y sentenció tras la afirmación nuestra: *Sí, es una pura ruina.* Y dejado pasar un breve lapso de silencio: *La verdad, señores, es que nunca fue otra cosa.* (Imagino que fue Vd. la que me dijo cierto día, que la ironía es el arma de los que no pueden amar. Y los teólogos deberían, por ello, atribuirsela al propio Luzbel en sus sentinas). Nuestro informante –excúseme, pues se lo prometí, que no le diga el nombre– nos narró al señor France y a mí con débil tono de voz y ciertos circunloquios, como los que tienen los embajadores ante un rey poderoso y temible (aunque fuese aquí diferente el motivo), que Mr. Melmoth malvivía en un pobre hotelucho de la Orilla Izquierda, que estaba casi siempre borracho de absenta o de champaña (en lo que gastaba las bondades económicas que sus amigos le ofrecían) y que sin pudor alguno caminaba con vacilante paso las ciudades todas de la Pentápolis, haciéndose acompañar (e imagine Vd. que no vivimos hoy el siglo de los Valois ni aquellos *lindos* juveniles, con pendientes de frutales perlas son hoy los chiquillos de París) de soldados con licencia o de arrapiezos sin más menester, y a los que presenta (si llega la ocasión, que supongo escasa, pues nuestro informante fue excepción casual como *mi Alcibíades* o *mi Agatón* o con clásicas fórmulas similares. (Alguien me contó, en tiempos, y ahora me acuerdo que Mr. Wilde recibió en Oxford, cuando era estudiante, un premio en humanidades clásicas). Pero por si ese deambular y esas públicas compañías con las que Mr. Melmoth derrocha su escasísimo dinero no bastasen a presentarnos de él una imagen lamentable y terrible; la herida que le causó una caída en las baldosas friísimas de la cárcel, y el rebrotar de una dolencia que el poeta y médico Fracastoro atribuyó a una ninfa y que los italianos del siglo XV –tan ampliamente afectados por ella– nos atribuían a nosotros los franceses, y cuyos más evidentes síntomas no intentaré decirle porque son purulentos y de gusanera, esa tal dolencia (y sépame comprender en este inevitable, si debo con-

tarle lo que quiero, *descensus ad inferos)* roe parece ser, no por primera vez, a Mr. Melmoth. ¿Puede Vd. componerse una imagen de tanta desolación y miseria? El hombre de mundo de la velada antigua, el gordo opulento que triunfó en todo Saint-Germain, es ahora un mendigo sucio y enfermo (como los de las plagas bíblicas y los que aparecen en los libros de Oriente) que pasea los más ínfimos burdeles de Sodoma entre calimas de noche, adornando aún (eso sí lo sé) la belleza de los mozos de cuadra con los restos de un estilo que ya no utiliza, como la criada que (una noche de gran abono en la Opera) se viste con los trajes de su señora ausente, y se contempla ante el espejo, con las gruesas perlas al cuello y el polvo de arroz, y por un momento la confusión, que es al fin como el mismo arte un engaño, triunfa y la hace bella. Si Vd. mi querida Geneviève, se ha hecho una idea de cuanto le vengo diciendo –y puesto que además su talento y humanidad son grandes– comprenderá mejor que yo, al oír el relato sobre Mr. Melmoth en la cena, me sintiese tremendamente turbado y doliente. Comprenderá Vd. que la piedad (que es un sentimiento al que nunca quiero sustraerme, y que confundo, a veces, como el amor, con el calor de unos brazos maternos) hiciese en mí fuerte presa, y me desgarrase, como en la fábula, las entrañas. Yo había sido cruel y displicente (aunque a él, desde luego, no le importase nada) con aquel hombre que ahora, en la abyección más absoluta, sin apenas amigos, rechazado por casi todos, y despreciado, seguía –me parecía a mí por lo que oí– intentando ser vanamente como había sido. Muy en secreto (en el momento en que pasábamos, invitados por el anfitrión, a la sala del café, y mientras fingía yo mirar la flor, no sé si un agavanzo, que el mencionado informante portaba en el ojal de su frac) le pregunté la dirección exacta de ese hotelucho donde vivía –si la palabra fuese exacta– Mr. Melmoth; porque yo había concebido la idea súbita y casi inexpresable, desde el momento mismo en que escuché el relato de su miseria, de que debía ir a verle, y que siquiera fuese brevemente, era mi íntima obligación –de piedad añado para Vd.– el saludar al inglés y quizá el disculparme... Todo ello porque es, sin duda, en la miseria donde los hombres que son realmente nobles y altos, alcanzan su significado más estricto y relevante, y es ahí pues (dolorosamente) donde más podemos admirarlos. Como gustamos más del Racine retirado a la abadía con el silencioso disfavor de Luis XIV, así también nos cumple más –pensé yo– Mr. Melmoth errante y en desgracia, que aquel otro histórico y lujoso emperador romano de la decadencia, a quien todos, en el salón del señor de Montesquiou, halagaban y reían con estrépito. Me dijo: Hotel D'Alsace, en el callejón de Bellas Artes, muy cerca de la Escuela. He transitado muy poco esa zona (aunque visité frecuentemente siendo niño, con mamá, a una amiga de mis parientes Weil, casada con un abogado de nombre Duzet, que vivía junto al Quaî Voltaire) pero recordaba que esas callecitas viejas, que ni siquiera son provincianas, y que no tienen, por tanto, ninguno de sus aromas, eran sórdidas, y que aún podrían serlo más (y pensaba acaso en mi salud)

en una noche húmeda y neblinosa como la pasada. Pero es el caso que me despedí de los anfitriones –no sin haber cumplido los últimos rituales de la comida– pretextando una cita ya convenida (y no al modo estupendo del Duque de Guermantes alegando siempre negocios que de suyo son irrealizables por la noche) y salí en el fiacre que me había estado aguardando toda la cena, hacia esa dirección, para mí, insólita. Pero pensé, de repente y casi llegando, que era muy descortés y burdo por mi parte presentarme ante Mr. Melmoth con las manos vacías (aunque tenía yo ya intención, y volverá Vd. a excusarme que le cuente estas nimias menudencias, de pagar dos meses por adelantado al hotelero) dándose además el caso de que era yo el que iba a llegar –por humilde que fuera– a *su* casa. Así es que pedí al cochero, que me acercase rápidamente al *Ritz,* donde bajé un momento para pedir a Olivier una botella de *Moët-Chandom, brut Imperial,* de la mejor añada, pero aún espumante, que en el momento tuviese (porque recordé el placer que Mr. Memmoth parece experimentar con el champaña, bebida de la que no soy precisamente admirador, como Vd. muy bien sabe; aunque muy frío, me dijo el doctor Cottard una vez, resulte un excelente estimulante para mi salud, parecido, por rara asociación, a la cafeina). Retorné enseguida al coche –y no es aquí momento para que alabe a Olivier, que tanto lo merece– seguido de un mozo camarero, que llevaba la buscada botella en un cubo con hielo, y que tomaría, a mi cuenta, otro coche, en la puerta misma del Hotel. Hacía frío, y mi sensación se incrementó al ver al joven –sin capa– sabiendo que sus manos –aún a través de las telas y el metal pulido– estaban en contacto con el hielo, con su frío azul, visible doblemente. Subí al coche (le reconozco a Vd. que me notaba ya algo cansado) y volví a indicar al cochero la dirección de Bellas Artes. Casi no había ruidos, en la calle a esa hora y oí así detrás –como el inicio de un recuerdo feliz que no llega a concretarse en nuestro pensamiento– el trote de la otra berlina, con el mozo camarero dentro...

El dueño del Hotel d'Alsace (y le hago gracias a Vd. de la deplorable impresión que me produjo aquel edificio viejo, oscuro, repleto de sensaciones de humedad, y con no sé raro olor a medicina por todas partes) me dijo que el señor Melmoth –con quien parecía simpatizar– acababa de regresar a su cuarto, y que él subiría en ese momento mismo a anunciarme. No quise yo dar, mi nombre

ni mi tarjeta, porque Mr. Melmoth podría muy bien no acordarse de mí, y preferí –haciéndole llegar una propina al buen hombre– que dijese sólo que un amigo quería visitarlo brevemente. Mientras el hotelero subía (la habitación estaba en el segundo piso) pedí al camarero (que era un muchacho moreno, con leve acento del sur, y en quien creí reconocer a uno de los que el Barón de Charlus pide siempre, por la distinción de su servicio, para que ayude en sus grandes cenas, o cuando tiene invitados muy ilustres) que, cinco o seis minutos después de mi ascenso a la habitación, entrase y nos sirviese el champán, agregándole que quedaba después libre, aunque yo le había dicho a Olivier que le necesitaba toda la noche (pero, figúrese, querida, que a lo mejor ese joven deseaba reunirse con alguna muchacha, con su novia acaso, y nosotros estábamos siendo involuntarios, pero terribles valladares a su amor, lo que se me representaba muy penoso). Bajó, en fin, el hotelero, y me indicó que Mr. Melmoth me aguardaba. Subí despacio, y no puedo decirle con cuánto escrúpulo, porque a la débil luz de los quinqués, todo en aquel lugar me parecía siniestro, como algunas habitaciones o bodegas de la escuela flamenca, que parecen tener olor y chorrean agua. Y además yo no hubiese reconocido a Mr. Melmoth. Estaba gordo, o por mejor decir hinchado, pero no era la gordura pletórica de antaño, sino otra más –osaré decirlo– cadavérica. Parecía más viejo, y tenía algunas mínimas pústulas en la cara, signo inequívoco (diría Cottard) de la enfermedad que no quise nombrarle a Vd. más arriba. Llevaba unas aparatosas sortijas en las manos –debemos entender que nada notables–, y el traje (oscuro, negro quizás) parecía viejo, y desde luego estaba muy descuidado. Pero Mr. Melmoth –el propio Mr. Melmoth quiero decir, la esencia irreductible de su persona– me pareció otro distinto. No había fatuidad, pero sí (asómbrese) una gran elegancia, aún con aquel aspecto, y a pesar del más que notable, estrepitoso olor a coñac que despedía... Dijo acordarse de mí y me tendió la mano muy efusivamente. *Es usted generoso,* me dijo, *no tengo más que mirarle a los ojos a Vd. porque yo he sufrido, y quienes conocemos el lado sombrío del jardín; reconocemos inmediatamente a las personas buenas...* Enseguida llamó a la puerta el mozo, y yo apenas tuve tiempo de explicarle muy sucintamente a Mr. Melmoth, que me había permitido traer una botella, que tal vez fuese de su agrado... Los ojos (de párpados pesados y caídos, casi como los del hermano de la Duquesa de Guermantes aunque en modo diverso) se le iluminaron entonces, y creí ver, bajo tantas capas como el tiempo había ido poniendo en su rostro orondo, y como en el *pentimento* de un cuadro que descubrimos por detrás de la tela, las facciones virginales de un niño... *Ah* –me dijo, tomando la copa que el mozo le tendía, y lo dijo en inglés, idioma que, como conoce Vd. yo mal domino– *este muchacho es encantador, «muy dear», yo no amo ya más que a los muchachos porque son el único secreto del mundo... El secreto de la inocencia que se une a la belleza sin saberlo.* Y bebió la copa de un solo trago. *Excelente, excelente, muy dear...* Mr. Melmoth –cuando el mozo se hubo retirado– cayó en un sillón tras ofrecerme asiento y se puso a llorar y a hipar con desconsuelo. Era trágico, se lo aseguro. Porque, de repente, sus facciones, cambiaron, y ya no era el ser risueño que dejaba adivinar un niño pretérito, sino alguien que ha sufrido mucho, la imagen de largos corredores oscuros, el rostro de un Ixión clavado en su rueda en los Infiernos... Me dijo (quiero transcribirle sus palabras con la mayor fidelidad posible) que estaba enamorado del mocito que acababa de servirnos, y que le daría cualquier cosa si él quisiera, y lloraba y lloraba, sin apenas lágrimas, mientras lo decía... Y ahora se extrañará más Vd. señora, cuando sepa que según me iba narrando todas sus abyecciones, los nombres de los soldados a quienes daba dinero, la pasión que le producían los vendedores de periódicos, los francos que debía al hotelero, lo que incesantemente pedía a sus amigos –escasos– para beber ajenjo, o cómo le echaban de los cafés en las últimas horas, al cierre; según iba yo oyendo en silencio todo eso (y nunca me habló de sus libros ni de su literatura) aquel hombre iba creciendo en mi estima, y aquella emoción que le produce a un súbdito leal, encontrarse en el destierro a su rey caído, pobre y miserable, pero rey en su linaje y maneras, esa misma me produjo a mí Mr. Melmoth derrumbado en un destartalado sillón y miserablemente lloroso... Le dije que tendría mucho placer en verle otra vez. Y dejándole la orquídea de mi solapa en su mesita de noche (y creo que no se dio cuenta de ello) salí del cuarto. El pareció no verme, y lloraba, entre palabras en inglés de las que entendí sólo *boy* y *dearest,* mientras muy despacio recorría yo el pasillo de vuelta.

Cualquiera pensaría que la escena que acabo de narrarle (omitiendo detalles, porque estoy empezando a sentirme mal de nuevo) es tan solo el patético final desrazonado de un borracho, perdido ya todo sentido de los modales, el pudor o la decencia, en aquel alarde de imperio sodomítico... Pero yo le insisto, en que ví a un rey, querida Genèvieve, a un verdadero rey, aunque eso sí, lejos y caído de su reino empíreo... Le ruego, una vez más, que nada de esto cuente a M. de Norpois ni a la Condesa, y que –apelando de nuevo y con fatiga a su bondad– considere todo como un puro gesto de compasión que de seguro Vd. entiende, porque muchas veces me ha manifestado (siendo yo tan servidor suyo, pero tan indigno) amistad y afecto. Ofrezca mis respetos, siempre admirativos, al señor Straus, y perdóneme (más le va a mi dolor en ello) por no verla esta noche, como sería la máxima felicidad, la felicidad siempre perseguida, de su devoto y leal.

MARCEL PROUST